

HURTADO DE MENDOZA, DIEGO (1503-1575)

ÉGLOGAS

ÉGLOGA I

En la ribera del dorado Tajo,
cuando el sol tiene el cielo más ardiente
y a la tierra sus rayos dan trabajo,
orilla de una limpia y clara fuente
vi cantar a Melibeo y a Damón
guardados de la siesta y de la gente,
entrambos aquejados de pasión,
iguales en cantar y responder,
iguales en quejarse con razón.

Olvidan los ganados el pacer,
y los montes inclinan el altura
y detienen los ríos el correr.
Yo también me escondí entre la espesura
por oír aquel canto que esculpido
quedó con hierro agudo en piedra dura.

Melibeo, que estaba más sentido,
llamando al cielo cruel y matador,
comenzó con un canto dolorido:

«¿Qué he de hacer? ¿Qué me aconseja Amor?
Tiempo es ya de morir,
más tardo que quisiera en estos hados.
Muerta es y llevó mi corazón;
el alma se me sale de dolor,
no la puedo seguir.
Conviene que os rompáis, años cansados,
pues rompeos a lo menos con razón.
Mi desesperación
es que no la he de ver, y el esperar
acá es mayor pesar,
que mi descanso ha vuelto su partida
en llanto y amargura dolorida.

»Tú sientes bien, Amor, de qué me duelo,
cuánto mi mal es grave;
duélete de este daño que a ti toca,

que el mal es tuyo y mío todo junto:
a entrambos se mostró cruel el cielo,
y juntos nuestra nave
rompimos y perdimos a una roca,
y juntos nos faltó el sol en un punto.
¿Qué ingenio tan a punto
podrá dar a entender mi mal un rato?
¡Mundo huérfano, ingrato,
razón tendrás conmigo de llorar
la que el bien que había en ti pudo llevar!

»Caída es ya tu gloria y no la ves;
no eras digno, cuando ella
en ti vivía, de haber su conciencia,
ni merecías tú tan gran vitoria
de ser tocado de sus santos pies,
porque cosa tan bella
debía el cielo alegrar con su presencia
y entristecer a ti con su memoria,
mezquino sin tal gloria.
Ni la vida mortal ni a mí mismo amo;
llorando me la llamo.
Sólo de mi esperanza esto me queda,
con que el vivir en ti sostener pueda.

»Aquella hermosura en tierra es vuelta,
que solía del cielo
y de todo el bien de arriba ser dechado.
En paraíso está su gran beldad
ya del pesado cuerpo y mundo suelta,
suelta ya de aquel velo
que el más que humano ser tuvo encerrado,
haciendo sombra a su florida edad.

De nueva humanidad
vestida y de eterna vestidura
te veré yo, alma pura,
tan hermosa cuanto es más divinal
perpetua hermosura que mortal.

»Más ufana que nunca y más hermosa
me vienes al sentido,
como cuando más tu vista me agradó;
ésta es una coluna de mi gloria,
mas como sombra huye y no reposa.

Tu nombre esclarecido
es otra que en mi pecho se fundó,
do dulcemente suena y con vitoria
si traigo a la memoria
que murió mi esperanza en aquel día
que ella más florecía.
Bien siente Amor cuál quedo y tú, señora,
que a la verdad más cerca estás agora.

»Pastores, vos que vistes su beldad
y su angélica vida,
y aquella celestial manera en tierra
que deshacía todo el bien humano,
doleos de mí pues quedo en soledad,
no de ella, que es ya ida
a tanta paz y me ha dejado en guerra;
de mí os doled, que muero y lloro en vano;
aunque, si ajena mano
de seguilla el camino me estorbara,
lo que Amor me hablara
me hiciera que no cortara el hilo,
y sé que me hablara en tal estilo:

»'Pon freno al gran dolor que ansí te aqueja,
que por querer y enojos
podrá perder el cielo tu deseo,
donde vive quien muerta acá parece.
Por ti tiene descanso, por ti queja;
del cuerpo y sus despojos
se ríe y por ti llora, Melibeo,
por ti, que solo quedas, se entristece.
Su fama, que florece
en muchas tierras por tu ingenio y arte
no le falte esta parte,
y tu voz a su nombre torne clara,
si algún hora su vista te fue cara.'

»Huye la claridad,
y el lugar donde hubiere risa y canto,
canción, pues eres llanto.
No es para ti la gente que se alegra;
busca la obscuridad,
viuda desconsolada en veste negra.»

Como hubo acabado de cantar,
con tan gran agonía sospiró,

que también hizo el valle sospirar.
El río con sus lágrimas creció,
las ninfas le ayudaron a dolerse

y el monte con sus valles se dolió.
Damón comenzó luego a entristecerse
como el que mal sospecha y no lo alcanza,
y ni puede excusarse ni valerse.
Bien fuera que, mudando su esperanza,
diera nuevo lugar a su deseo,
mas no hay amor en parte que hay mudanza.

Pues tomando la flauta a Melibeo,
la flauta ya enseñada a entonar males
que el Pastor Catalán dio a Alfesibeo,
no de otro arte movió los animales,
los montes y los ríos con su canto,
que hizo Alfesibeo y sus iguales:

[Damón]

«Oh cielos que cubrís con vuestro manto
los ciegos elementos,
que dais y quitáis sombra y claridad
con movimientos de eternal firmeza,
moveos a compasión de esto que canto,
pues para mis tormentos
no hay lugar en la tierra de piedad,
no hay en ella consuelo a mi tristeza;
hay harta ligereza
que esparciste, señora, con tus manos,
hartos placeres vanos,
y todos van en lloro y en pesar,
mas todos, a la fin, se han de acabar.

»En las postreras horas de mis años,
que pensé tener buenas,
me ha negado el sol su clara lumbre
y entrególa a quien no la merecía.
No me quejo, señora, de mis daños
porque tú los ordenas,
no por arte o razón, mas por costumbre.
Y como lo perdí todo en un día,
junto con mi alegría,
pues no hay razón ni arte que te ayude,
puede ser que se mude,
que no puede durar en un estado

cosa que tantas veces se ha mudado.

»Antes quiero se esté como se está,
porque de ti no venga
otro tanto bien quedando yo sin él.
Estése, pues está en tu voluntad;
la mía sé que no se mudará
aunque el bien se detenga,
más que en mí se detuvo, agora en él;
mas presto sentirá tu crueldad,
que tu inhumanidad
no la podrá sufrir hombre nacido
si no está aborrecido;
y sé que no será su bien durable,
que él también como tú diz que es mudable.

»Vos, noche que seguís días claros;
vos que la noche obscura
huís en torno, claros días, corriendo;
vos, sol, cielo, estrellas que contino
andáis en una orden sin mudaros;
vos, obras de natura,
vos, árboles y plantas, que viviendo
camináis siempre un eternal camino,
pues que con tanto tino
vuestro ser sostenéis y lo acabáis,
ruégoos no consintáis
quebrar a las discretas y hermosas
la orden que guardáis todas las cosas.

»Mas ya que todas ellas la guardasen,
ésta la quebraría,
porque su hermosura y discreción
no se puede encerrar en ley ninguna.
Quisiese Dios que todas se trocasen
y fuesen por tu vía.
Quizá tú seguirías otra razón
por apartarte de ellas y ser una.
¿Qué tigres en la cuna
te dieron a mamar su leche brava?
¿Qué fiera te criaba
que tan blanda saliste al parecer
y tan dura al oír y responder?

»Si en los hados hay parte de venganza,
yo sé que he de vengarme,

aunque todo a la fin es por mi daño,
que quieras o aborrezcas otro o a mí,
y no cabe en caído confianza;
quiero sólo alegrarme
con que te veo recibir engaño
y sospirar no sospirando por ti.
Las ninfas por ahí
se ríen del amigo que escogiste,
y no hay pastor tan triste
que trocase con ese que has tomado
su seso y parecer, ni su ganado.

»Aretusa, aunque no es muy avisada,
pero hermosa pastora,
me dijo: 'Mi Damón, aquí estoy yo;
si me amas y sabes conocerme,
deja a Marfira, que no perderás nada.'
Yo le dije: 'Señora,
pues ella por el otro me dejó,
no debo yo de ser para escogerme.'
Bien pudo no entenderme
Aretusa, mas bien le di a entender
que humano parecer
después del tuyo en mí no tiene parte;
procura cuanto puedes a extrañarte.

»Como una vestidura
ancha y dulce al vestir y, a la salida,
estrecha y desabrida,
así es Amor y tú que le has seguido.
Pues no seas tan dura
que pienses que no hay Dios para el caído.»

Esto cantó Damón, yo lo aprendí,
señora, y lo escribí por tu mandado;
tiempo vendrá que cante yo por ti.
Y aun fuera ya razón de haber cantado,
mas no quisiste tú ni quiso Amor
subir mi fantasía a tal estado.
Cuando quisieres, como un pobre pastor,
con más subida pluma y diestra mano
comenzaré en tu nombre otra labor
que no la olvide el mundo tan temprano.

ÉGLOGA II

Marfira que te partes y me dejas,
¿qué haré sin tu vida, que solía
reparar tus descuidos y mis quejas?

En noche se me vuelve el claro día
y el corazón me quiebra de pesar
contemplando el lugar donde te vía;
mis ojos se deshacen de llorar
el bien que me faltó con tu presencia
y el mal que Amor me trujo en su lugar.

Señora, si quisieses en ausencia
acordarte de mí, tan sola un hora,
me darías mil años de paciencia.
Yo cautivo, yo siervo, tú señora,
aquí puedes pagarme todo junto
cuanto mal he sufrido hasta agora.

Acuérdate Marfira que en el punto
que vi tu hermosura en la ribera
me tuviste y me tuve por defunto.
Tú quisiste saber qué pastor era
el que tan ahincado te miraba
que parecía extranjero en la manera.

Con el perro la caza rodeaba,
el arco y las saetas al costado,
descuidado del mal que me esperaba.
Amor me tomó el arco y, enojado,
con mis propias saetas me hirió
de cruel golpe en el siniestro lado.
Bien entendiste tú cuál quedé yo,
que conoces mejor tu hermosura
y tu gracia, señora, me valió.

Allí subió en la cumbre mi ventura,
mas siempre hube recelo de perderme,
que el bien de amor es de muy poca dura.
Señora ¿qué haré para valerme?
Muero por verte y véote apartada
y aunque quieras, no puedes socorrerme.
Bien creerás que no tengo olvidada
la lástima que hobiste al despedir,
Marfira, aunque bien disimulada.

Contempla cuál quedé cuando, al partir,

te vi sentir mi pena y encubrilla:
gran maravilla fue poder vivir.
Mas no fue tu dolerte maravilla,
que, viendo el agonía que llevaba,
las peñas se movieran a mancilla.

Dije mal a la tierra que dejaba,
a la mar inquieta con sus ondas,
maldije al viento porque me llevaba.
Dije: «¡Tragásenme estas aguas hondas
y no hubiese memoria de que he sido!
¿A dónde andas Marfira? No te escondas.»
[.....]
el colmo de mi bien se cumpliría
con que no me pusieses en olvido.

De viva piedra te levantaría
un altar que llegase hasta el cielo,
donde tu nombre eterno duraría.
Mas ¡ay de mí! que con liviano vuelo
esparce Amor mis lágrimas al viento
y déjame las quejas por consuelo.

Más pesado es mi mal de lo que siento,
pues cada punto va creciendo más
y en cada punto crece el sentimiento.
Buscar remedio de él es por demás,
que el alma que lo siente es infinita
y él, de suyo, no se acabará jamás.
El bien de amores desamor lo quita,
pero no es tan cruel tu corazón
que sin oír mi daño lo permita.
Cuando yo adolescí fue por razón,
tú lo sabes aunque yo lo he sentido
y agora he de sanar por ocasión.
Nunca pienso hallarla ni la pido,
ni buscaré otro bien sino el que digo,
que harto bien es ser por ti perdido.

De mis lágrimas tristes buen testigo
son los prados y bosques donde andabas,
que agora quedan solos, sin abrigo.
Adoraré la tierra que pisabas;

llamo cruel al cielo que consiente
que tu hermosura esté en las selvas bravas.
Si fueses vista algún día de la gente
no dudo que te adoraría por diosa,
por tu saber y gracia y continente.
Cuanto más encerrada, más hermosa
te imagino, señora, mas no puede
mi fantasía subir a tan gran cosa;
no hay humano juicio que no quede
muy corto en contemplar lo que mereces,
que a todo merecer humano excede.

¿A dónde estás Marfira? ¿Así encareces
tu vista a quien la diste de tu grado?
¿A dónde estás Marfira? ¿No pareces?
En blanca vestidura y sin tocado,
los cabellos al viento como un oro,
solía verte y hablarte en aquel prado.
A mí llevó la mar, tú mi tesoro,
Guadarrama, y el bien quedará a ti
y la congoja a mí que siempre lloro.
En tu ribera hay un olmo en que escribí
su nombre y el mío juntamente
y un verso que debajo dice así:

«Testigo me sea el cielo omnipotente
que cuando Damón viva sin Marfira
el río correrá contra su fuente.»
A un monte que las ondas de alto mira,
subo a llorar mis quejas y allí bramo:
sospiro yo, responde él y sospira.
Los valles me redoblan si te llamo:
si lloro por mi daño dicen «Año»,
si digo que te amo dicen «Amo».

El tiempo bien lo dicen y el engaño
está en que el mal no se puede decir
ni remediar sin otro mayor daño.
A lo más alto del monte he de subir
y harto de llorar mi soledad
y arrojarme en las ondas y morir.
Yo sé, Amor, que querrás por tu bondad
sostenerme en tus alas al caer,
mas tarde me vendrá esta piedad.

Allí vendrán pastores a me ver,

Laso y Boscán, que sólo con su canto
hará olvidar los ríos el correr.
Cuando hubieren cantado un triste llanto,
escribirán mi caso desastrado
en palabras que el mundo tome espanto:
«De aquí saltó Damón desesperado
porque se fue Marfira de esta tierra;
más justo fue su fin, que no su hado;
¡huid, pastores, la desastrada sierra!»

EPÍSTOLA

A Marfira Damón salud envía,
si la puede enviar quien no la tiene,
ni la espera tener por otra vía.
El tiempo es corto, la ocasión no viene,
la esperanza es dudosa, y esperar
en mal desesperado no conviene.
Amor manda escribir y no hablar;
al mal agudo el remedio presto,
si ciega a la razón el desear.
Yo quisiera dejar de hacer esto,
mas despreciar a Amor es peligroso,
que reina en mis entrañas y tu gesto.
Tú contenta, Marfira, yo quejoso,
o me mata o acaba de valerme,
que en la muerte o la vida está el reposo.

En ningún medio puedo sostenerme
estando los extremos tan llegados
que me hayas de valer o aborrecerme.
Si quisiese contarte mis cuidados
no sé si mi paciencia bastaría,
que aun para dichos son desesperados.
La tuya sé que no lo sufriría,
pues no podrás mudar tu condición
que es jamás agradarte cosa mía.
En otro tiempo valiérame razón,
pudíerame quejar y ser oído,
aunque nunca me vino la ocasión.
Ni vino ni la espero ni la pido;
antes la dejaría si viniese,
por no perderme en ella de atrevido.

Mas ¿qué perdería yo aunque me perdiese,
que no ganase más en la experiencia
si tu merced, señora, lo entendiese?
Amor, amor, esfuerzos son de ausencia
que finjo yo entre mí solo conmigo,
y todos me fallecen en presencia.
Tú serás, aunque parte, buen testigo
cuántas veces me vi determinado
a decirte, señora, lo que digo.
Allí muriera yo desesperado
cuando vi que pudieras entender
lo que yo no te dije de turbado.
Desde aquel punto comenzó a caer
del todo mi esperanza y tu memoria;
ni yo supe hablar ni tú creer.

Bien sabes que es soberbia más que gloria
perseguir al que sigue la Fortuna,
y vencer al vencido no es vitoria.
La sentencia me dieron en la cuna
que fuese en tú escoger mi vida o muerte,
y yo que no escogiese otra ninguna.
Marfira, si trocásemos la suerte
y fuese yo contento y tú quejosa,
tú a seguirme, yo siempre a aborrecerte,
siendo tú como eres tan hermosa,
tan lejos estarías de olvidada
cuanto agora lo estás de piadosa.
¿Cómo puedes salir aderezada?
¿Cómo coger en oro tus cabellos?
¿Cómo mirar a alguno y ser mirada?

Si miras a los hombres por vencellos
y olvidallos después que son vencidos,
lo que ha sido de mí podrá ser de ellos.

Mas ¡ay de mí! que no va en los vestidos,
sino en ser tan cruel tu voluntad
y en tener tan cerrados los oídos.
¿Para qué te demando yo piedad,
que no valgo la pena del desvío
ni merezco temer tu crueldad?
Mas ¿qué haré, que place al señor mío,
por quien mi corazón es gobernado
que viva en opinión y desvarío?
Fortuna, que me puso en tal estado,

quizá se mudará, pues es mudable,
que yo nunca saldré de este cuidado.

Cuanto mal hace amor es razonable,
si el remedio va fuera de esperanza
y no se puede ver sin que se hable.

No sé por qué deseo esta mudanza,
que siempre lo que espero es lo peor;
¡ved cuán lejos estoy de confianza!
Contrastan en mi pecho odio y amor,
son el uno y el otro de tu parte
y entrambos contra mí por mi dolor.
Ya yo sería contento de mirarte,
si no perdiese el seso y la paciencia
con el miedo que tengo de enojarte.
Mas es de tal manera mi dolencia,
que con cualquier remedio crece el daño
y con medio ninguno tu clemencia.

Andando entre sospecha y desengaño,
me ciego y desvarío en la certeza
y, en lo que mejor veo, más me engaño.
Múdese Amor que yo terné firmeza,
aguice y emponzoñe bien sus flechas
en aborrecimiento y ligereza.

Al corazón me vengan bien derechas,
pesadas, porque hieran al caer,
por importunidades y sospechas.
Y tú, señora, muestra tu poder
en perseguir del todo un mísero hombre
que no tiene ya cosa por perder.
No ganarás en ello gran renombre,
que del cuitado cuerpo y sus porfías
no me ha quedado más de sombra y nombre.

Tú vives y yo doy fin a mis días,
tú vences mas no huelgas con mi muerte,
porque hago en morir lo que querías
y esto tengo por vida y buena suerte.